

Oración de Santa Teresa del Niño Jesús

Yo te glorifico, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeños (Lc. 10, 21).

Hablemos ahora de la oración de Santa Teresa del Niño Jesús. Confieso que me ha costado decidirme a abordar este tema, aunque me atrae extraordinariamente. Pero me parece a un sueño imposible de realizar. Se suele decir, no sin fundamento, que Teresa no tuvo nunca un método de oración. Pero es esta una aseveración negativa, puramente eliminativa, y de ningún modo puede servir de tema a una reflexión de orden práctico.

Era preciso buscar el lado positivo, y el deseo de dar con él me hacía suavemente atrayente el estudio y la exposición de esta materia. Se necesitaban pruebas positivas, pero ahí estaba precisamente la dificultad. ¿Dónde encontrar esas pruebas positivas sobre la oración de Teresa, si nunca nos ha hablado de su oración? Es este un rasgo característico en ella, que la diferencia de sus Hermanas en santidad y en método: Santa Teresa de Ávila, su Santa Madre; Santa Catalina de Sena, Santa Margarita María-a, Santa María-a Magdalena de Pazis y nuestra contemporánea Sor Isabel de la Trinidad.

¿Cosa extraña! En la Historia de un alma, de un alma contemplativa y mística como lo fue la de Teresa, nada deja entrever lo más profundo de su vida, su oración.

Y naturalmente se me ocurre pensar: si Teresa no nos ha dicho una palabra de su oración, ¿no será temerario, quimérico quizá, tratar de este tema? ¿No nos exponemos a aventurar unas hipótesis, basadas solamente en la fantasía? Pero apenas formulada esta objeción, afloraba la respuesta, no menos espontánea y apremiante: ¿será posible que nos veamos obligados a no decir nada, a no saber nada de la oración de nuestra Santa?

Hagamos un esfuerzo -Dios nos invita a ello- para conocer a esta alma privilegiada. No es posible conocer a un alma profunda como la de Teresa sin saber algo de sus relaciones íntimas con Dios, de su trato con Él en la oración. Entonces, ¿es admisible que su método de oración, elemento esencial en la vida espiritual, nos sea totalmente desconocido? ¿Y que, por lo tanto, no haya posibilidad de proponérselo a las almas pequeñas? ¿Será este punto una verdadera incógnita? Si es así, tratándose de un punto capital como es el de la oración, habremos de deducir que su alma, su vida, su camino, nos son desconocidos e inaccesibles, y esto que es una hipótesis inaceptable, que rotundamente nos negamos a admitir.

Tratemos, pues, con la ayuda de la Santa, que nada desea tanto como instruirnos en esta materia, tratemos, digo, de adivinar el secreto de la oración de Santa Teresa de Lisieux. Pongámonos confiadamente bajo su dirección. Pero notemos, ante todo, que no hemos de esperar de ella un método. Esto será a remar contra corriente. A este propósito nos parece necesaria una observación preliminar. Teresa conduce a las almas desde el punto en que los métodos de oración no les son necesarios, y más bien serán una rama para ellas. De ahí se deduce otra observación práctica: Teresa nos enseña con evidencia que, en un momento dado, hay que liberar a las almas de los métodos, y creemos, contrariamente a la opinión común, que este momento no tarda en llegar cuando se trata de un alma que se entrega con generosidad a la vida espiritual.¹

A los principios, la mayoría de las almas necesitan de un método. Digo la mayoría, pues algunas, más intuitivas -como la de Teresa-, nunca tuvieron necesidad de él. Otras, en mayor número, sí que lo necesitan, pero es evidente que sólo es un medio provisional. Las almas no llegan a la verdadera oración sino en la medida en que se liberan de ese andamiaje artificial. A la prudencia del Director toca discernir la oportunidad del momento en que será necesaria esa emancipación; más tarde o más temprano, según la necesidad de cada alma. Pero las almas pequeñas, rectas y sinceras, no tardarán, a juicio de Teresa, en sentir esa necesidad.

En general, nos apegamos fácilmente a nuestros medios humanos, a nuestros métodos, ya en la dirección de las almas, ya en nuestra propia vida de oración. Confundimos el medio con el fin, de tal modo que, en la práctica, no pocas almas confunden la oración con el método, y el abandonarlo les parece una infidelidad, aunque, por otra parte, les resulta penoso sujetarse a él.

Para hacer oración es preciso liberarse de todo lo que sea ficticio, y ponerse en la realidad. Nada menos sujeto a un método que la oración. Orar es someterse sinceramente a la acción de Dios, es decir, al Amor infinito; es entregarse a Él, humilde y confiadamente. Y lo que falta a muchas almas es precisamente la confianza en Dios; inconscientemente se fían de sí mismas, de su propio trabajo y esfuerzo, de sus industrias y métodos; con ellos cuentan y, consecuentemente, les conceden excesiva importancia.

¿Es lamentable! Es olvidar que Dios, y sólo Dios, es el autor de la santidad, y que el trabajo del alma consiste en someterse sencillamente a la acción de Dios. Este punto es elemental, y, en teoría, todo el mundo lo sabe. Pero cuando estamos de vivirlo en la práctica!

La mejor manera de comenzar la oración es hacer un acto de fe, firme y ferviente, en el amor de Dios a la criatura miserable, y pedirle nos enseñe a corresponder a ese Amor. Esta es, dice el Cardenal Mercier, la única manera eficaz de ponerse en la presencia de Dios: Dios es Caridad.

Podemos, pues, afirmar que Teresa del Niño Jesús, que nunca usó de más en la oración, nos ha prestado un gran servicio, pues por el hecho mismo nos recuerda que es la oración: intercambio de amor entre Dios, que es el Amor esencial, y el hombre, criado para amar, y que sólo de Dios puede recibir el amor que necesita; intercambio de amor entre la miseria de la criatura humana y la misericordia amorosa del Creador. Esa es la esencia de la oración; todo lo demás no son más que medios.

Un «medio» es, por consiguiente, lo que llamamos «Meditación»; es decir, el ejercicio del espíritu, de la inteligencia, de la razón... Este ejercicio que para muchos es lo esencial, el meollo de la oración, no es sino la antesala, el camino para entrar en ella. Y este medio necesario al principio, paso a paso ha de ir cediendo el terreno, y no ha de usarse sino en la medida necesaria para mover el corazón y despertar el amor.

Es increíble hasta qué punto complicamos el trabajo de la inteligencia en nuestra oración! Razonamientos, sutilezas, divisiones y subdivisiones sin fin del tema hasta agotar su contenido racional, sin más provecho que un agotamiento cerebral. Sacamos, eso sí, una conclusión lógica, muy lógica, que bautizamos con el nombre de propósito; resolución magníficamente racional, pero que en la práctica resultará perfectamente estéril y no tardaremos en olvidarla. La hemos hecho al margen de la realidad, de la verdad; es fruto de un trabajo humano.

Permítaseme hacer una indicación sobre los libros de meditación. Estamos como inundados por este género de literatura, que se va multiplicando; hay un verdadero pugilato de consideraciones largas y complicadas. Y, a mi parecer, los libros de meditación son, bajo cierto punto, un obstáculo a la oración. Es muy de temer que esos temas interminables torturen la mayoría de las inteligencias, llenando el alma de pensamientos y de ideas, que por no ser propias, nada tienen de común con ellas, con su estado actual, con sus atractivos, con sus necesidades; y pueden ser un tropiezo a la acción de la gracia, al trabajo del Espíritu Santo. ¿Qué sucede?; que la meditación, a la que impropriamente llamamos oración, se convierte en algo ficticio, impersonal, falto de profundidad y de naturalidad. De ahí que se convierte en un trabajo fastidioso, y que las almas, lejos de sentir hambre y sed de este ejercicio, se hastían de él y lo abandonan, o al menos lo hacen como forzadas y por cumplimiento. Y hecho así, rutinariamente, no da ningún resultado práctico. ¡Qué bien dijo Santa Teresa!: «La oración no consiste en pensar mucho, sino en amar mucho.» Su hija, Santa Teresa del Niño Jesús, nos dice eso mismo a su modo, no con palabras expresas, sino con su ejemplo, haciendo su oración con el corazón, es decir, amando.

Notemos, pues, que la primera enseñanza de Teresa es ésta: la oración es una cosa sumamente sencilla. ¡Qué lección tan provechosa! Agradecemosle que nos la haya dado con su silencio, y procuremos simplificar la nuestra, en lugar de complicarla. Una palabra de Teresa serviría para esclarecer más este punto: «No encuentro en los libros nada que me satisfaga.» «El Evangelio me basta.» Esta sencilla palabra es luminosa; iba a decir divina.

Jesucristo se hizo hombre y vino al mundo para enseñarnos todo lo necesario en orden a la perfección, a la santidad. Y esta su enseñanza no fue razonada ni filosófica, sino sencilla, expuesta con palabras y lecciones llenas de luz y de vida, corroboradas por sus acciones, sus ejemplos, su vida toda. Esto es lo que encontramos en el Evangelio, el libro de Meditación por excelencia. Cuatro volúmenes escritos por Dios mismo, que nos muestran cuál es la perfección, practicada por un Dios, por nuestro Dios hecho hombre.

¿No sería razonable que todos los cristianos, especialmente las almas cristianas ávidas de perfección, dijese, como Teresa del Niño Jesús: «El Evangelio me basta»? Tanto más cuanto que muchos podrán decir como ella: «No encuentro en los libros nada que me satisfaga.» Lástima que con tanta frecuencia nos apartemos de la verdad, siempre luminosa y sencilla, para entrar en un camino falso, artificial, complicado y fastidioso!

Hemos llegado al nudo de la cuestión. Nos va a ser relativamente fácil imaginar cuál fue la oración de nuestra Santa Carmelita. Abrá el Evangelio; lea algunos versículos, no muchos; el Evangelio no es un libro que se pueda asimilar a grandes dosis. Entonces, despertando su fe ingenua y sencilla en el amor de Dios, adoraba humildemente a este Amor infinito; pedía la gracia de comprenderle mejor a través de Jesucristo y se ofrecía a Él para que realizase en ella su obra y le enseñase a corresponder a sus designios.

En esa actitud de fe, de humildad, de adoración y de deseo miraba a Jesucristo y le escuchaba. En esa sencilla mirada su alma se empapaba en la contemplación de Jesucristo, de sus obras, de sus palabras. No buscaba más que el amor, y lo percibía profundizando la letra evangélica hasta dar con el espíritu que la vivifica. Suavemente, sin prisa, sin agitación, su alma recibía nuevas luces; Dios se manifestaba más y más a ella, como un Padre infinitamente amante. Crecía en su corazón el deseo de amarle, y aprendía de Jesús, su modelo divino, la ciencia maravillosa de la caridad.

Así, sin cálculo, sin artificio, con la mayor naturalidad, formaba sus resoluciones si Dios se las sugería. Pero no se empeñaba en terminar su oración con lo que los libros denominan el propósito del día. Se renovaba y se reafirmaba,

eso sÃ-, en la firme resoluciÃ³n de hacerlo todo para agradar a Dios.

SalÃ-a de la oraciÃ³n no con la cabeza cansada, sino con el corazÃ³n dilatado; no con muchas hermosas ideas, sino mÃ¡s deseosa de no desperdiciar ninguna ocasiÃ³n de sacrificarse para demostrar con estas naderÃ-as, como ella decÃ-a, la sinceridad de su amor. Las ideas, por muy hermosas que fuesen, pronto las hubiese olvidado. Pero el deseo de amar se posesionaba cada vez mÃ¡s de su corazÃ³n, y se hacÃ-a efectivo a lo largo de las acciones del dÃ-a. Esa era la oraciÃ³n de Teresa. Bien podÃ-a decir que le bastaba el Evangelio. Â¿ QuÃ© triste serÃ-a que a nosotros no nos bastase este libro divino!

AquÃ- ocurre preguntar: Â¿por quÃ© muchas almas no encuentran en el Evangelio el alimento que necesitan? Â¿Por quÃ© no les basta la lectura de este libro? QuizÃ¡ porque acuden a Ã©l con cierta curiosidad intelectual, deseando nutrir su espÃ-ritu de ideas y pensamientos nuevos; buscan en el Evangelio lo accidental, y dejan a un lado lo sustancial.

El Evangelio es el libro del Amor. No se ha de buscar en El mÃ¡s que amor. Quien se acerque al Evangelio con ese espÃ-ritu quedarÃ¡ iluminado.

No creo que Teresa haya leÃ-do muchos comentarios del Evangelio. Sucede con estos comentarios lo que con los libros de meditaciÃ³n; es preciso desembarazarse de las dificultades y puntos oscuros que en ellos se encuentran, para dar con la savia vivificadora. Y de hecho no son los comentaristas quienes nos ayudan a esclarecer el sentido del libro sagrado. El Ãºnico verdadero comentarista del Evangelio es el EspÃ-ritu Santo, que ilumina a cada alma. Nos dijo nuestro SeÃ±or: Cuando venga el EspÃ-ritu Consolador... os recordarÃ¡ todo lo que Yo os he dicho (Jn. 16, 13; 14, 26). Se pueden entender tambiÃ©n en este sentido estas palabras de la Â«ImitaciÃ³nÂ»: Â«La Sagrada Escritura debe ser leÃ-da con el mismo espÃ-ritu con que fue escritaÂ». El EspÃ-ritu Santo es el autor del Evangelio; luego sÃ³lo El puede ayudarnos a comprenderlo.

Â¿Era contemplativa la oraciÃ³n de Teresa? SÃ-, ciertamente. ContemplaciÃ³n tan sencilla que estÃ¡ a nuestro alcance, y que todos debemos desear, puesto que, como Teresa, hemos recibido los dones del EspÃ-ritu Santo que son la fuente de la contemplaciÃ³n. Don de Entendimiento, Don de SabidurÃ-a y, sobre todo, Don de Piedad.

Es de lamentar, dicho sea de paso, que los autores espirituales, al hablar de la contemplaciÃ³n, apenas mencionan el Don de Piedad. En Ã©l y por Ã©l reciben las almas la gracia propiamente mÃ-stica, que es ante todo un toque de amor recibido en la voluntad, si bien es, al mismo tiempo, una gracia de luz, la cual reside en la inteligencia. La oraciÃ³n, la contemplaciÃ³n de Teresa, fue ante todo y sobre todo una oraciÃ³n de amor.

Lo dicho bastarÃ¡ para que comprendamos y gustemos lo que Teresa pensaba de las distracciones y sequeadas en la oraciÃ³n. De la suya apenas nos revela otra cosa que esas distracciones y somnolencias. Es frecuente creer que las distracciones son la ruina de la oraciÃ³n, y nos lamentamos de ellas porque hacemos de la oraciÃ³n un ejercicio principalmente intelectual. No opinaba asÃ- Teresa del NiÃ±o JesÃºs, como tampoco su madre, Teresa de JesÃºs.

Escuchemos sus confidencias, ingenuas, sÃ-, pero llenas de sabidurÃ-a. Â«DeberÃ-a atribuir mi sequeada a mi falta de fervor y de fidelidad. DeberÃ-a entristecerme al ver que con frecuencia me duermo durante mi oraciÃ³n y acciÃ³n de gracias. Pues bien, no me desconsuelo. Pienso que los niÃ±os agradan a sus padres tanto si estÃ¡n dormidos como despiertos; pienso que el SeÃ±or ve nuestra fragilidad y tiene en cuenta que no somos mÃ¡s que polvoÂ» (Ps. 102, 14). Â«En mis relaciones con JesÃºs, nada; Â¿sequeada, sueÃ±o! Puesto que mi Amado parece dormir, no se lo impedirÃ©. Me siento demasiado dichosa de ver que no me trata como a una extraÃ±a; que no se molesta por mÃ-. Pues ciertamente no es El quien sostiene la conversaciÃ³nÂ».

Estas palabras no tendrÃ-an sentido si la oraciÃ³n fuese solamente un ejercicio de la mente. Es, ante todo, un ejercicio de la voluntad, del corazÃ³n; consiste en la uniÃ³n afectiva con Dios por amor. Y asÃ-, las distracciones y demÃ¡s miserias naturales se convierten en nuevo motivo de humildad, de confianza y de amor filial.

Para terminar, quiero citar unas palabras del Padre Petitot sobre la oraciÃ³n de Santa Teresa del NiÃ±o JesÃºs: Â«Quien no ora (virtualmente) todo el dÃ-a nunca tendrÃ¡ oraciÃ³n.Â» Estas palabras podrÃ¡n parecer paradÃ³jicas y exageradas, pero son profundamente exactas. El alma que durante el dÃ-a no conserva el recogimiento podrÃ¡ quizÃ¡ en un momento dado hacer lo que se llama Â«meditaciÃ³nÂ», es decir, un ejercicio de la mente durante el cual podrÃ¡ ordenar unas cuantas ideas y reflexiones de orden sobrenatural, pero no es una oraciÃ³n propiamente dicha. Sirva esta indicaciÃ³n para animarnos a entrar en el camino de la oraciÃ³n recorrido por nuestra Santa.

Sin un recogimiento habitual, ni se comprende ni es accesible esta oraciÃ³n sencilla que se alimenta del Evangelio.

Pero conviene precisar un poco en quÃ© consistiÃ³ el recogimiento habitual de Teresa. Se dice ordinariamente que el recogimiento es una preparaciÃ³n, una condiciÃ³n para la oraciÃ³n. Ahora bien, Â¿quÃ© entienden muchas almas por recogimiento? Â¿Un esfuerzo del espÃ-ritu? Â¿Una renovaciÃ³n mÃ¡s o menos frecuente de la presencia de Dios? PodrÃ¡ ser meritorio este trabajo del espÃ-ritu, esta tensiÃ³n del pensamiento. Pero tal esfuerzo, del que fÃ¡cilmente se cansan las almas, serÃ¡ poco provechoso. No era de este gÃ©nero el recogimiento de Teresa, como no lo es el autÃ©ntico

recogimiento, que radica no en el espÃ-ritu, sino en el coraz3n; no en el pensamiento, sino en el amor. AsÃ- entendido, el recogimiento habitual y la oraci3n no son dos cosas distintas, la primera de las cuales sea condici3n para la segunda; sino que son una sola y misma cosa, ininterrumpida, continua, pues las dos constituyen la vida misma de nuestra alma que se alimenta de amor.

Esto explica la sencillez y naturalidad con que Teresa del NiÃ±o JesÃs hacÃ-a su oraci3n. El trato con Dios era su vida; su oraci3n y su deseo de dar gusto al SeÃ±or eran frutos de una misma raÃ-z: el Amor. Por eso no necesitaba mÃ©todo: Â«Ama y haz lo que quieras.Â»